

LAS SALAMANDRAS AZULES



**CUENTO
DE JUAN
VALERA**



00163304

el boila

LAS SALAMANDRAS AZULES



CUENTO

por

JUAN VALERA



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
2 Blancanieves y los 7 enanitos
3 Los príncipes encantados
4 La Bella durmiente del bosque
5 Juanfuerte
6 Piel de asno
7 La princesa y el erizo
8 Ali Babá y los 40 ladrones
9 La inocente mensajera
10 Pinocho en campo de milagros
11 El pájaro verde
12 Pulgarcito
13 Los maestros cantores
14 El rey del río de Oro
15 Caperucita Roja
16 Las tres princesas
17 El triunfo del sol
18 Pinocho en la isla de las abejas
19 La princesa picarona
20 Simbad el marinero
21 Canción de Navidad
22 Un viaje maravilloso
23 El niño que se volvió hormiga
24 El enano Zacarías
25 Pinocho en gruta del monstruo
26 El legado del more
27 El gato con botas
28 El hada de Granville
29 De los Apeninos a los Andes
30 Méfique
31 El rey Cuervo
32 Almendrita
33 Pinocho en el país de juguetes
34 El niño perdido
35 Robin Hood
36 La isla encantada
37 Pif Paf
38 La carga liviana
39 La alfombra mágica
40 El pájaro que reía
41 La Cenicienta
42 Aventuras del rey Bedor
43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
44 Pinocho en el fondo del mar
45 Gulliver en el país de enanos
46 La bella Dorigen
— 47 Las salamandras azules
48 Los zuecos maravillosos
49 Las tres hermanas
50 Fábulas de Iriarte
51 El niño raptado
52 Barba Azul
53 Tanino el hormiguero
54 Gulliver en el país de gigantes
55 El tejedor de Segovia
56 El príncipe Cododae
57 La amiguita de los pájaros
58 La señorita Scuderi
59 Fábulas de Esopo
60 Constanza
61 Nicollasón y Nicollasín
62 Los rosales de la reina
63 El enfermero del Chachó
64 Grisélidis
65 Alicia en el país de maravillas
66 Aladino
67 Genoveva de Brabanta
68 La Sirenita
69 Peter Pan
70 El patito feo
71 Hombre que vendió su nombre
72 Los tres pelos del diablo
73 Hansel y Gretel
74 La flor del pantano
75 El buque fantasma
76 La cámara del tesoro
77 La desobediencia
78 El tarro de aceitunas
79 El mensajero de la corona
80 La camisa del hombre feliz
81 La verdad sospechosa
82 La graciosa Emilia
83 El muchacho afortunado
84 La novia elegida
85 Las dos estatuas
86 La botella encantada
87 El mercader de Venecia
88 La obligación
89 El favorito ingenioso
90 Los dos ruisenores
91 El ladrón de Bagdad
92 El tambor del regimiento
93 El píjaro de oro
94 El barbero silencioso
95 Las tres perlas
96 Gulliver en países maravillosos
97 El príncipe impostor
98 El rey en busca de novia
99 El soldadito de plomo
100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LAS SALAMANDRAS AZULES

CAPITULO PRIMERO



ESCI era una ciudad importante de la confederación de los túrdulos. En el tiempo a que nos referimos, los vescianos tenían ya la misma calidad que a sus descendientes del día les ha valido el dictado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el elegante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba a pedradas los pájaros que pasaban volando; montaba bien a caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componía también muy regulares; con un garrote en la

poderosa diestra era un hombre tremendo; corría como un gamo; luchaba a brazo partido como los osos, y poseía otra multitud de prendas que le hacían recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendición de sus tíos, quienes se la dieron acompañada de algún dinero, y tomando además armas y caballos, salió de Vesci a buscar aventuras y modo de mejorar de condición.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era además simpático y alegre, por todas partes iba agraciando mucho. Los sujetos de posición y campanillas le convidaban a bailes y fiestas, y las damas más graciosas y encopetadas le ponían ojos amorosos; pero él era bueno, pudibundo e inocentón, y nada útil sacaba de todo esto. El dinero que le dieron sus tíos se iba consumiendo, y no acudía nuevo dinero a reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como por ejemplo, en Igabron; pasando luego a Síngilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando también en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entonces Arastipi. Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con dieciocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, o mejor diré, su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de descender de los primitivos atlantes.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apenas se vieron, se amaron... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. "Antes morir que ser de otro", dijo ella. "Antes morir que ser de otra", respondió él. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Después de esto, ¿qué remedio había sino casar cuanto antes a los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron a hacer los preparativos



El padre se resignó a su amor.

para la boda, que debía verificarse en el próximo otoño.

Arastipi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno había, como hay aún, fértiles huertas y frondosos, y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros.

A pesar de todo, fuerza es confesar que en verano hacía entonces en Arastipi un calor de todos los demonios.

Echeloría quiso, con razón, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó al puerto muy bonito de Churriana, cerca de Málaga.

Naturalmente, Mutileder fué a Churriana también, acompañando a su futura.

Los primos estaban como dos tortolitos arrullándose siempre. Mientras más miraba él a Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más meliflua se ponía ella. Y mientras más miraba Echeloría a Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales, ya por la orilla de resonante mar, ya por los encinares y olivares que vestían aquellos aleores, ya por los vergeles, sotos y alamedas del valle, regado por riachuelo cristalino.

Entretanto se decían doscientas mil ternuras a cada momento. "Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazón", exclamaba Echeloría. "Mi corazón es tuyo para siempre: antes dejará de latir que de amarte a ti sola", contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de continuo estaban juntos ambos amantes, menos cuando Echeloría se retiraba a dormir al lado de



Málaga era ciudad de gran comercio.

su anciana nodriza, y en estancia muy resguardada, o bien cuando iba a la playa a bañarse; pues entonces, a fin de evitar el qué dirán y las murmuraciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez por no usarse aún trajes de baño tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.

CAPITULO II

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competía con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus tiendas se vendían mil primores traídos de lejanos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro hechas en Menfis, en Sais y en otras ciudades egipcias; piedras preciosas y tejidos de algodón del Indostán; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los Seras.

Echeloría fué a Málaga varias veces con su padre y con su novio, a recorrer dichas tiendas y a comprar galas para el suspirado día del casamiento.

Hallábase a la sazón en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que había entonces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegación felicísima, y su nave estaba anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de arniños y de castores y otros objetos de valor que él había ido a buscar a las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del norte de Europa, adonde sólo los fenicios se aventuraban a llegar en aquella época.

Paseando un día por el muelle vió Adherbal a Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Asto-



Soltó una lancha ligerísima.

1618

09

VRI

ret, como si dijéramos por Hércules y por Venus, que jamás había visto criatura más linda y salada. Ganas tuvo de llegarse de súbito a la muchacha y de decirle sin ceremonias sus atrevidos pensamientos; pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso a todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fénicio. Bastaba ver de refilón a Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslomar a cualquiera de un garrotazo, si llegaba a descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echeloría.

Dos o tres veces fué después a caballo a Churriana con disimulo y volvió a ver a la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echeloría; supo que iba a casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase a tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como, por desgracia, salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana, muy temprano, levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, después de despedirse él, para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó muy cerca de la costa, hacia el oeste, dando bordadas como para ganar mejor viento. Así transcurrieron algunas horas, hasta que llegó aquella en que la gentil Echeloría bajaba a bañarse en el mar. Entonces soltó Adherbal una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripulación, grandes nadadores y buzos y de los más ágiles y devotos a su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sierras de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura. Los nadadores se echaron entonces al agua, zambulleron, surgieron de improviso donde Echeloría estaba bañándose, se apoderaron de ella, a pesar de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposición, hermosa e interesante como una ondina, se la llevaron a la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luego la condujo a bordo de su nave. Esta desplegó al punto todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente, que acababa de levantarse, no corría, sino que volaba sobre las ondas del Mediterráneo.

Varias muchachas que se bañaban con Echeloría huyeron con espanto de aquella zalagarda, y, saltando a tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos a la nodriza, que estaba en éxtasis y de nada se había percatado. En cambio, apenas se en-



Acudió a dar la noticia del rapto.

teró de lo ocurrido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba lejos, acudió al sitio oyéndolos. El infeliz amante supo entonces toda la enormidad de su infortunio, mas demasiado tarde por desgracia.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque a nada conducía. Ni siquiera supo a punto fijo el infeliz amante quién había sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga había puesto en Echeloría los codiciosos ojos.

Echeloría, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razón la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote, y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar a su amada, librarla del raptor y vengarse de éste descalabrándole de una buena pedrada o moliéndole a palos.

En aquel instante, ¡oh fuerza del destino!, acertó a pasar por allí la graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa “belleza”, la viuda más coqueta y caprichosa que había en Málaga.

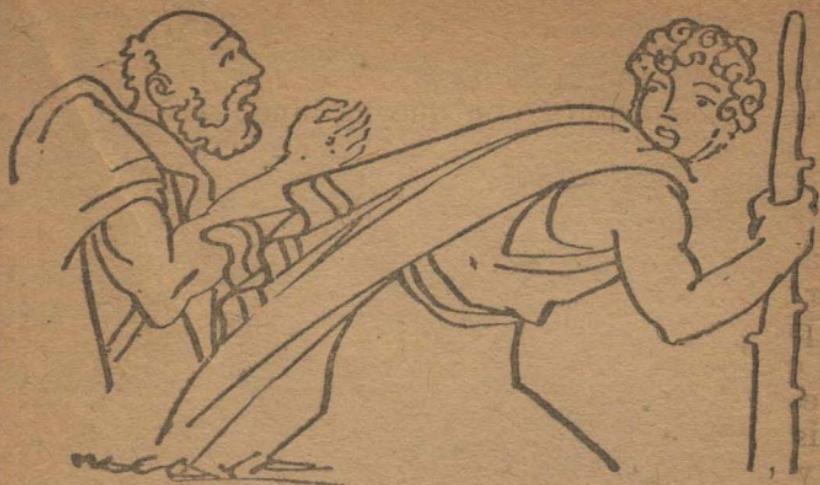
Seis atezados etíopes la llevaban en silla de manos, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajecillos egipcios la acompañaban también para más autoridad y decoro.

Chemed oyó a Mutileder, le miró y se maravilló; volvió a mirarle y se quedó más maravillada. Entonces dijo para sí: “Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¡Será éste dios o será mortal? ¡Resplandecería más Adonis cuando Astoret se prendó de él!”

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió también su camino, sin interrogar al mancebo, que parecía estar furioso, y sin atreverse siquiera a pararse y a bajar de la silla de manos, en medio de gente extraña, cuya lengua no entendía, porque hablaban el ibero.

CAPITULO III

Luego que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió a dar a su presunto suegro la mala noticia del rapto y a consolarle, si cabía consuelo en tamaño dolor.



Se despidió de su presunto suegro.

Mutileder y su suegro, después de maduro examen, reconocieron que era inútil quejarse del rapto a las autoridades de Málaga, las cuales no les harían caso, o si les hacían caso nada podrían contra un marino tan mimado en Tiro como Adherbal lo era.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué a Málaga a cerciorarse de que era Adherbal el raptor, como ya lo sospechaba, y a buscar modo de irse a Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, a fin de arrancar a Echeloría del cautiverio o secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse a Tiro cuanto antes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó a anochecer. Todas las noticias que adquirió le confir-

maron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho fué en concertarse con algún patrón de buque que saliere pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche, como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba a su posada, cuando sintió que le tiraban de la capa por detrás. Volvió el rostro y vió al pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—Y quién puede ser esa persona? —contestó él

—Yo en Málaga, no conozco a nadie.

Entonces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca a esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió a vuestra merced cuanto de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa conferenciar en seguida. ¡Quiere vuestra merced seguirme!

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe protobermejino a una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejón sin salida.

El paje aplicó una llave a la cerradura, le dió dos vueltas y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa obscuridad.



Subieron ambos por una estrecha y larga escala de caracol, llegaron luego a otra puertecilla, la abrió el paje, levantó un tapiz que había detrás, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entonces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente a frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz meliflua, le dijo:

—Sígueme, joven.

Y Mutileder la siguió:

—¿Qué será esto? —decía Mutileder, para su coletto—. ¿Dónde me llevará esta buena señora?

Y la admiración y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó una puerta, que no estaba abierta como las demás que habían dado paso de un salón a otro salón, sino que estaba cerrada.





tuosa como una emperatriz.

La dueña la abrió un poco, lo suficiente para que cupiese por ella una persona; empujó a Mutileder, le hizo entrar, y, quedándose fuera, cerró otra vez la puerta dejándolo solo.

Aun no había tenido tiempo de ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina, que parecía salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decía :

—Perdóname, amigo, que te haya hecho venir aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hacia el punto de donde la voz procedía, y vió, recostada lñguidamente en un ancho sofá, a una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecían dos soles de luto.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutileder, cuando la dama se levantó y le dijo:

—Siéntate. ¡Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó al lado de la dama.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que había sabido su dolor, que se interesaba por él, a causa de una súbita e irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio a sus males.

—¡Pobrecito mío! —exclamaba Chemed—. ¡Pícaro Adherbal! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar a Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder: dentro de cuatro días debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos. muy

desordenados desde que mi marido murió. Tú vendrás en mi compañía. Considerame como a tu amiga más leal.

CAPITULO IV

Cuatro días después de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salían ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama para llevarle la correspondencia en lengua ibérica.



Salian en magnífica nave.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba descon-
solados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba
y pellizcaba sin compasión, y solía exclamar:

—¡Qué diablura! ¡Qué diablura!

A veces quería disculparse consigo mismo, y no
lo lograba.

—Yo —decía— sigo amando a Echeloría, y Che-
med no obsta para ello. Voy a buscar a Echeloría,
a libertarla y a vengarla, y Chemed me ayuda en
mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de ma-
ternal. ¡Es tan buena conmigo! ¡Es tan alegre y
chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren!
¡Cómo no he de reírme al oírlas? ¡He de estar
siempre llorando? No; no es menester llorar; no
es menester negarse a todo consuelo, como una
bestia feroz, para demostrar que es uno fiel y con-
secuente. Ya veremos cuando me encuentre con
Adherbal si amo a Echeloría o si no la amo.

Muy largo sería describir aquí la grandeza de
Tiro. Dejémoslo para mejor ocasión. Lo que im-
porta es decir que Mutileder buscó a Adherbal en
seguida, y no le halló. Pronto supo con rabia que
el infatigable marino, sin reposar casi, se había
encargado del mando de la flota que Hiram y Sa-
lomón expedían con frecuencia a la India, desde
el puerto de Anziongaber, en el mar Rojo. Tres
días antes de la llegada de Mutileder y de Chemed,
Adherbal se había puesto en marcha para tomar
el mando referido.

Adherbal debía pasar por Jerusalén. Mutileder
no pensó más que en perseguirle y alcanzarle antes
de que se embarcara para tan larga navegación,
de la que sabe Dios cuándo volvería.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor
para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su

*Con ella olvidaba
su dolor.*



viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y montando en un ligero dromedario, salió para Jerusalén, cuando Chemed menos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta que él escribió antes de partir y que entregó a Chemed una persona de toda confianza. La carta decía como sigue:

“Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de ti desde el primer momento y no entregarte nunca un corazón que no te pertenecía, que era de otra mujer y que jamás podría ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado ha sido falsía, perjurio e infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que, al contrario, brotaban a borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusión, del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrár-

tejos, faltaba a la fe jurada, rompía el sello de la fidelidad que había puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirlo. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrías por vil y cobarde si yo no me vengara. No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligación. Adiós, adiós para siempre, ¡oh, generosa y dulce amiga!"

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos, y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.

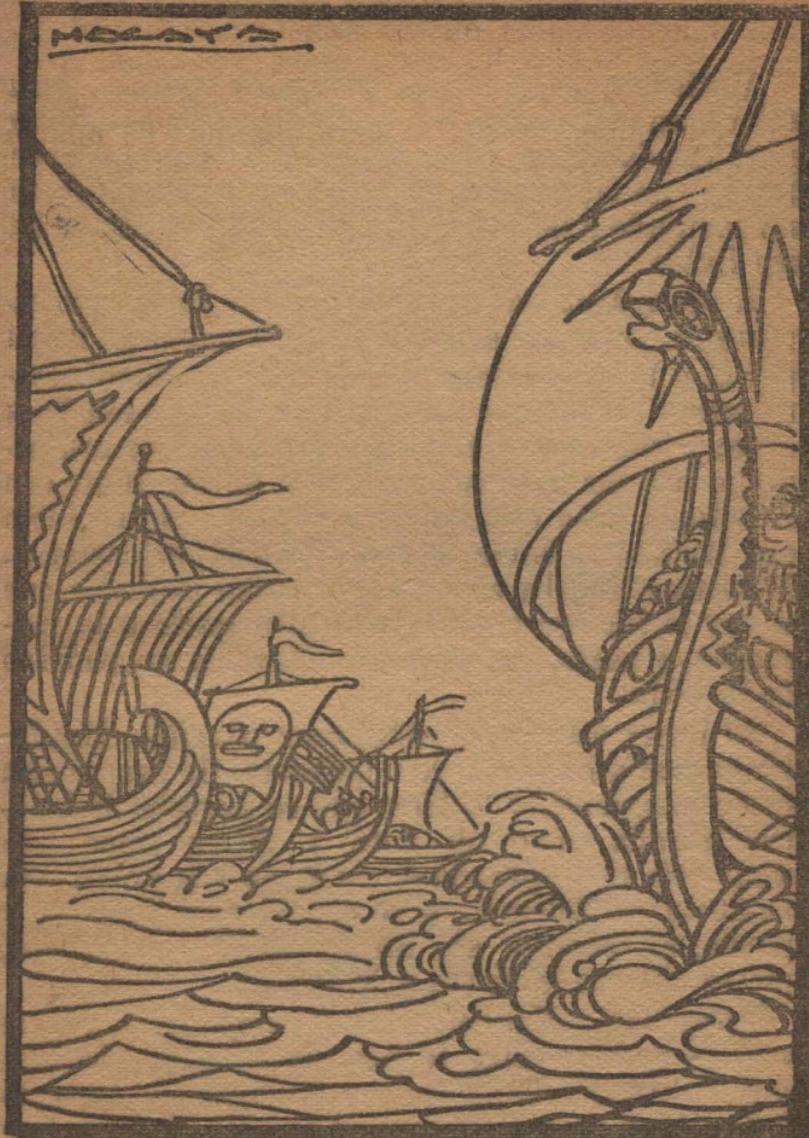
Mutileder, entretanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hacia Jerusalén.

Imagine el pío lector qué desesperación no sería la de Mutileder cuando en seguida supo de buena tinta que Adherbal, viendo que urgía darse a la vela y llegar pronto al océano para no desperdiciar la monzón, favorable entonces a los que iban a la India, había salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, a fin de verse cuanto antes en el puerto de Aziongaber, a orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutileder llegase adonde estaba el marino fenicio, quien se substraía así a su venganza.

En medio de todo, fué grande su consolación cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastretero adulador de príncipes, había hecho presente a Salomón de la preciosa Echeloría.

MOLAYA



Se había encargado del mando...

CAPITULO V

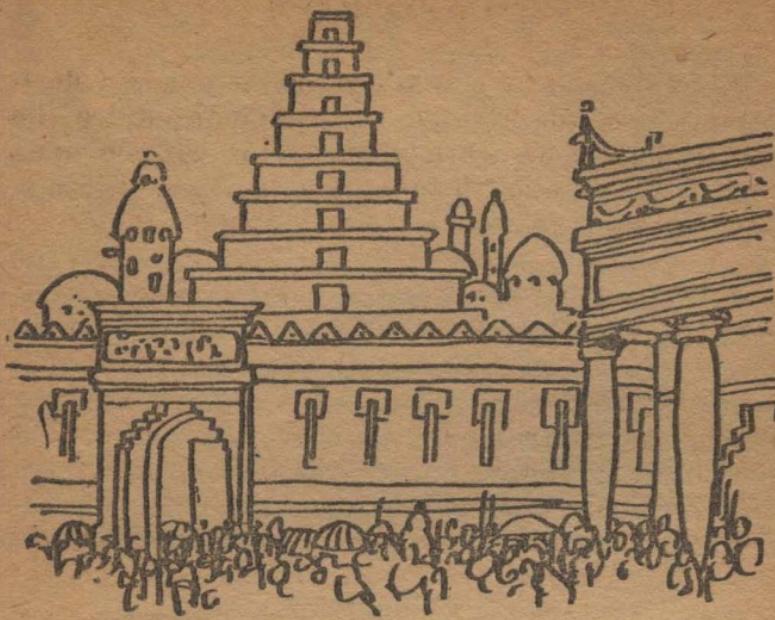
Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el palacio del rey Salomón; antes dispuso quedarse en Jerusalén, espiar ocasión oportuna, y, no bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando a la linda moza de entre las manos del rey Sabio.

A veces Mutileder concebía cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría había de llorar por él y había de decir a Salomón, con todo miramiento y finura que no le amaba porque amaba a otro; y daba por cierto que Salomón, que era benigno con las mujeres, no debía de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, habría de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba a columbrar como probable que el rey le hiciera buscar para entregarle a la muchacha, y hasta que quizá se allanase a ser padrino de la boda.

Al hacer esta suposición, muy pausible, Mutileder se ponía colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginación lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca; veía el desprendimiento regio y la nobilísima conducta de Salomón, y se consideraba indigno, y quería, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y lo tragase.

Estos remordimientos, esta compunción y este sonrojo por la culpa, tenían, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pronto se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutileder lo que en Jerusalén se decía de público en calles y plazas!

El pueblo de Jerusalén afirmaba que Salomón



La ciudad que creó David.

la había conocido y la había amado a Echeloría. Y que la había hallado rosa de Sarón y lirio de los valles. Y que había comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo.

La ternura de Salomón por Echeloría se aseguraba que excedía a la de Jacob y Raquel y a la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que había amado a otras mujeres; que sentía por ella todo género de afecto, que con el espíritu puro la estimaba y quería, como su padre David había estimado y querido a Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba, como el príncipe de Siquem había idolatrado a Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más consistencia a los oídos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar.

Por falta de elocuencia, dejó de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron después más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba a lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar a puñaladas a Echeloría y matarse él a renglón seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver a Echeloría para matarla. Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se había consolado de la ausencia de Mutileder; pero le conservaba buena amistad y le había enviado cartas de recomendación.

CAPITULO VI

Además de los libros que conocemos, Salomón escribió otros muchos que se han perdido. Su fama de sabio se extendió por todas partes. La reina de Sabá llamada Guadé oyó hablar de Salomón y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse esta augusta señora en Adén, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo llegó hasta Hebrón, donde el rey sabio salió a recibirla con mucha cortesía y aparato.

Los regalos que dió la reina a Salomón fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomón recibió ella.

Salomón, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podía hacer a Guadé, mientras morase en su alcázar, y siendo ella de un moreno muy subido de punto, era darle para guardia



Ascendió a capitán.

de su persona a los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos le impresionaron agradablemente; pero Mutileder, su capitán, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Y Mutileder y Guadé se amaron, a pesar de Chemed y de Echeloría.

Guadé, a quien importaba desengañar por completo a Mutileder, el cual le había contado toda su historia, menos su plan de tragedia; Guadé reveló y probó a su joven que Echeloría amaba a Salomón con delirio.

Esto indujo más a Mutileder a amar con delirio también a Guadé, no sólo porque ella se lo merecía, sino para no ser menos y tomar represalias y desquite.

Y, sin embargo, y aquí entra lo más patético de

mi cuento, si bien era cierto que Echeloría y Mutileder estaban enamorados la una de Salomón y el otro de Guadé, ambos sentían, en medio de la embriaguez del nuevo amor, pesar sobre sus conciencias, horrible tormento.

Mutileder desistió ya de matar a Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba a matar a los dos. Y mientras más notaban ambos que el amor que tenían a Salomón y a Guadé era su delicia, más culpados y viles se juzgaban.

Salomón advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio y no pudieron hallarle. ¡Qué hierba, qué elixir, qué talismán sería poderoso contra tan rara dolencia, que designaron con el nombre de “dolencia de los dos amores”?

El lance no tenía otra solución que la más lugubre, a no ocurrir algo con visos de milagro, como ocurrió en efecto.

CAPITULO VII

Años atrás, en los últimos del reinado de David, había venido a Jerusalén un príncipe hiperbóreo. Hablo del sapientísimo Abaris, que caminaba montado en una flecha. Si era la aguja de marrear aplicada a la navegación aérea o algo por el mismo orden, no acertaré yo a decirlo en este momento. Lo que hace al caso es saber que Abaris viajaba con facilidad prodigiosa.

David estaba viejísimo, y los sabios de Israel resolvieron que, para aliviar sus dolencias y hacer menos crueles los posteriores años de su vida, era



Los regalos de la reina fueron magníficos.

menester casarle con una joven bella. Eligieron para esto los sabios a Abisag de Sunam, de quien, por una maldita coincidencia, Abaris, muy joven entonces, andaba perdidamente enamorado.

Abaris hizo esfuerzos inauditos para disuadir a Abisag de sacrificarse a aquel viejo; pero ella, teniéndolo a mucha honra, desdeñó a Abaris y se casó con el rey. Abaris montó en su flecha y se fué de Jerusalén hecho un veneno. A fin de vengarse del desdén de Abisag, ya que no en ella, en otras mujeres, se convirtió en el don Juan Tenorio, del siglo.

Salomón quería que Abisag viviera consagrado a la memoria de David, cuyo último suspiro recogió. Por esto se enfadó tanto Salomón cuando Ado-

nio se atrevió a pedirle por mujer a Abisag. Y habiéndole perdonado que conspirase contra él, no le perdonó aquella insolencia, e hizo que Benaya le matase. Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que aun estaba enojado contra Abisag, tardó en volver a Jerusalén; pero volvió al cabo y precisamente en los días en que Salomón y la reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábbase qué proyecto traía Abaris; pero Salomón lo recibió bien, porque Salomón apreciaba mucho la ciencia. Además, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy corrido, Salomón le puso al corriente de todo, a ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaría a Echeloría y a Mutileder; pero que, en cambio, deseaba que Salomón le prometiese que había de otorgarle un don que intentaba pedirle. Salomón se lo prometió.

Pasaron después tres días, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al terminar los tres días, fué Abaris al regio alcázar, hizo que Salomón le presentase a Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la joven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado a mi hija!

Explicó entonces Abaris que él había estado en Arastipi y en Vesci, y que Echeloría y Mutileder eran sus hijos. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el día en que nacieron, con una salamandra azul.

Con la alegría que produjo tan fausto descubri-



Explicó que eran sus hijos...

miento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo a Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamandras. No cabía duda: eran hijos de Abaris, y, por consiguiente, hermanos.

Todo se aclaraba y justificaba. El amor que se habían tenido era fraternal. Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutileder y se encontraron muy a gusto de ser ella la reina y él el príncipe consorte.

Abaris fué a ver a Salomón y a pedirle; pero, como era hombre de mundo y precavido, llevaba preparada la flecha debajo del manto, poniéndose cerca del balcón, no fuera caso que Salomón se en-

fadase y tuviese él que salir volando. La petición no era otra que la mano de Abisag. Salomón consintió.

Todos, pues, fueron felices.

Salomón tuvo una curiosidad y quiso que Abaris, con el mayor sigilo, la satisficiera.

—¿Hay algo de verdad —le dijo— en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia —contestó riendo Abaris—. Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer más verosímil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras.





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
47